

Los dioses del fin del mundo

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

Correctora de estilo y traductora en la Community Language Cooperative

En la oscuridad del internet
encontré un libro antiquísimo
traducido del sumerio.

Era un recetario para crear dioses.

Si este libro ha llegado a tus manos

—rezaba la cubierta—

es porque los dioses han muerto

y los últimos días del mundo

están contados.

Una tierra sin dioses

es una tierra de bestias.

Sin un ser divino que escuche

las plegarias

de las criaturas vivientes,

la humanidad se volverá indolente

ante sí misma.

Frases como estas llenaban

las primeras páginas.

Por ese libro supe que los dioses

no pueden existir sin nosotros.

Si reinaron en un pasado remoto,

fue porque los trajimos

desde lo más recóndito de la mente.

Por eso eran retorcidos y violentos.

Ellos fueron nuestro invento y no al revés,

como creímos durante miles de años.

En sentido estricto, son nuestros hijos,

y como todo lo que nace de nosotros,

un día se pudrieron.

PIROCROMIO

35

#34 APOCALIPSIS

Ahora duermen porque los olvidamos,
porque dejamos de llamarlos.
Siempre creí que Dios nos había abandonado
por ser un experimento fallido,
pero los malos padres fuimos otros.

Pensé en la Tierra,
en la tortura de pertenecer
a una sociedad indiferente
donde respirar es una condena.
Y cerré el libro y le prendí fuego.
Cuando vinieron los terremotos y el diluvio,
nadie escuchó nuestras voces
porque los dioses no fueron convocados.
Nadie siguió las instrucciones
para traerlos de vuelta.
Y qué caso tenía de todos modos
si debajo del doblez opuesto de la voz
se asomaban solo el eco
y las mentiras.

Las súplicas y los gritos
y las gargantas deshechas
se convirtieron en cantos de sangre;
alguien destejió nuestras palabras
y las apiló
como cuerpos sin nombre
en la esquina
de los mundos agonizantes y rotos,
a donde tarde o temprano van a parar
las civilizaciones fracasadas,
autodestructivas
y potencialmente peligrosas
para cualquier otra forma de vida.

Era cuestión de tiempo para que el mundo
se sumiera en el silencio,
sin el llanto desgarrador

de la carne cercenada
o el crujir de cráneos asfixiados
por el ruido de las balas
y la risa enferma
de los sedientos de guerra.
Al final, solo las cenizas
recuperando su forma de aire,
habitando las danzas del vacío,
de la muerte y el olvido,
como siempre debió ser.
Al final, elegí ser Dios
y también morí.